

**Revisión Nacionalsindicalista del ensayo de Ortega y Gasset,
titulado: "Biología y Pedagogía"**

—o—
por Pedro Lain Entralgo

A los maestros del Sindicato Español del Magisterio, que tienen en sus manos el agraz del Nacionalsindicalismo y de la España Grande. Con deseo urente de ver que el ímpetu germinal de nuestra Revolución les da fuerza y sabiduría para crear la Escuela Nacionalsindicalista.

II

En qué erró Ortega

Antes de señalar por menudo la consecuencia útil que el maestro nacional-sindicalista debe sacar de estos pensamientos, en orden a su tarea diaria, es inexcusable señalar los errores que contiene el ensayo que nos ocupa. Tanto más, cuanto que ello permitirá sentar algunas afirmaciones de puro linaje nacionalsindicalista y llegar luego por camino franco a la conclusión que me propongo. Y para no andar, como suele decirse, por las ramas, voy a dividir este apartado crítico en cinco porciones discretas y separadas.

1.^a Después de la revaloración de la vida como viento que hincha todas las velas de la psique, Ortega trata de dar sentido inicial al ímpetu puro, y para el sentido primero de la vida encuentra esta palabra: deportividad. Querría Ortega que el sujeto vitalmente sano se entregase al mundo sin miras utilitarias, o, como se dice, deportivamente. El medio vital del cazador es más rico que el del labrador, por lo mismo que es menos utilitario, menos especializado, más deportivo; y lo mismo podría decirse en cuanto al paisaje del conocimiento. Años más tarde había de elaborar Ortega toda una teoría acerca del origen deportivo del Estado.

Pues bien; el nacionalsindicalista debe hacer aquí un reparo fundamental. Tanto como Ortega y Gasset, nosotros repudiamos la especialización utilitaria como sentido primario de la educación y de la vida. La especialización y el utilitarismo son consecuencias de un liberalismo victoriano contra el cual vamos con tanto coraje como

contra el marxismo. Pero el sentido primario de nuestra vida no es el deportivo-festival, sino el religioso-militar. "Lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida". Nos llevaría bastantes páginas examinar el sentido metafísico de esta frase de José Antonio. Baste ahora decir que nuestra **gravedad alegre** de españoles nos impide dar a la vida un sentido deportivo, siquiera sea en aquella acepción meliorativa y generosa que Ortega le da. Nuestra vida es servicio militante al último fin del hombre. Ni la especialización, ni el utilitarismo, pero tampoco la deportividad festival que Ortega propone nos sirven como nortes de nuestra vida: queremos para ella, como se nos dijo, un sentido militar al servicio de nuestro fin español y de nuestro fin humano. Obsérvese, por lo demás, que esto no reduce el medio vital como lo hace el utilitarismo, antes bien lo amplía. Descubre por un lado zonas de nuestro "paisaje humano" que por su sentido transcendente escapan a las acepciones habituales del término "vital": zonas de las que el niño, a su manera, no debe estar ausente. Aguza y robustece, por otro lado, aquel sentimiento con que el hombre indaga en su medio escuetamente vital. Si el cazador atisba en el campo más notas que el labrador, es justamente porque hay en él un militar en pacífica caricatura que sustituye la conquista por la caza. El auténtico militante en campaña recibe del campo todavía más rumores significativos que el cazador, por lo mismo que su participación en la propia tarea —participación hasta la muerte misma— es más íntegramente humana. Santo Tomás decía que todo filósofo es venator, cazador. Pero más que cazador es conquistador. Las conquistas de la filosofía, de la ciencia o de la técnica, suele decirse. Newton, colocándose como militante al servicio del conocimiento físico-matemático, **conquistó** de la naturaleza la ley de la gravitación. Platón conquistó para todos los hombres la noción de la **idea**. Y así todos los que han hecho algo en la Cultura o en la Historia. **Vita militia est**. En el conocer, en el vivir, en el mismo ser hombre, la norma nacionalsindicalista es la más enteramente humana e incluso la más productiva. Milicia frente a deporte. Si milicia y deporte se toman como estilos de vida, entonces el deportista es al militante lo que el "amateur" al artesano o lo que la beatería a la santidad. La antítesis militarismo-deportividad la resolvemos nosotros, superándola, con esta palabra: milicia.

2.^a Cuando llega la hora de educar el entusiasmo en el niño, Ortega encuentra el medio en el mito. También creo que los nacionalsindicalistas debemos superar esta conclusión. Nosotros no educamos el entusiasmo con el mito, sino con la creencia. Entendámonos: no

es esto un reparo contra la capacidad de entusiasmar de Aquiles o de Ulises—es más, yo creo que debe volverse a enseñar Mitología—, sino contra el empleo genérico, respecto a los fines del entusiasmo, de la palabra mito. El uso del término mito es, por extraño que ello parezca, un primer paso desde las abstracciones del idealismo, vitalmente insatisfactorias, al ser verdadero y lleno de las cosas. El intelectual puro de hace unos decenios, que vivía de etéreas cavilaciones, cuando no de simples relaciones físico-mecánicas, necesitaba con necesidad vital que las cosas fuesen tales cosas, esto es: duras o blandas, frías o calientes, amarillas o azules, en el más elemental e irreductible sentido de tales objetivos. Necesitaba también el calor de una Patria y el de un Dios que no sea mero concepto abstracto, sino realidad con la que se puede conversar. Pero como la Patria no puede ser reducida a categoría de razón sin admitir el destino—esto es, lo irracional—y no es la razón discursiva lo que conversa con Dios, sino la razón meditabunda y apasionada—la razón cordial, el *cur meum* agustiniano—, de aquí que el intelectual se viese obligado a llamar *mitos* a las realidades que su corazón pedía y su razón no encontraba. El mito de la Patria, del Caudillo, de la Religión, dicen ellos. Mito, en su acepción usual, es una ficción cuya belleza nos capta, pero también lo que deseamos sea real, por exigencias de nuestra vida, en contra de la razón discursiva. Pues bien: los nacionalsindicalistas no podemos hablar de mitos. Sabemos que la razón discursiva exige el suelo firme de algo que sirva de apoyo a nuestra vida. La Patria no es categoría de razón ni puede serlo, sino **realidad** anterior y superior a nuestra razón discursiva. Por eso, la Patria no es para nosotros un mito, sino una creencia. “Creemos en la realidad suprema de España”, dice clara y firmemente nuestro Punto primero. Nunca hablaremos del mito del Caudillo, sino de la creencia en el Caudillo; ni del mito de la Religión, sino de la creencia en Dios. Hay que educar el entusiasmo, pero no sobre el mito—aunque el mito ayude e incluso convenga estudiar Mitología—sino sobre la tierra firme de la creencia. Porque, de añadidura, y tenía que ser así, hay creencias suficientemente bellas para educar el entusiasmo del niño. Más aún, del niño nacionalsindicalista.

3.^a Conexas con estas reflexiones críticas y afirmativas, otras surgen frente al ensayo de Ortega. Refiérense a dos conclusiones tuyas acerca de la educación de la vida ascendente, con aquel sentido, por mí transcrito anteriormente, que él daba a tal expresión. Según una de aquellas conclusiones “antes de que hable la ética tiene derecho a hablar la pura biología”. Según la otra, el pedagogo debe

“fomentar con desinterés y sin **prejuicios** el tono vital primigenio de nuestra personalidad”. Vale la pena examinar de cerca este par de frases, de extraordinaria importancia humana y pedagógica, que en el ensayo de Ortega se deslizan como si fuesen acompañamiento obligado de aquel fondo de aciertos que antes señalé.

“Antes que hable la ética tiene derecho a hablar la biología pura”, dice Ortega. Antes, por consiguiente, debe educarse la salud vital que la salud ética. Ortega, que tantas veces y tan acerbamente ha combatido al asociacionismo psicológico, se comporta aquí como un asociacionista; solo que en lugar de considerar al hombre suma de elementos psicológicos—representaciones, voliciones, etc.—le tiene por una adición de un hombre vital, un hombre ético, un hombre pensante, etc., existentes por separado y por separado—sucesivamente—educables. Pero el hombre es irreductiblemente uno, como el mismo Ortega, con escasa consecuencia, sostiene. No existe un sentimiento fenomenológicamente puro; quiero decir, sin un germen representativo, judicativo y volitivo, sin germen ético, por tanto. Como no existen pensamientos ni representaciones exentos de afecto vital, ni voliciones quintaesenciadas. Todo esto, naturalmente, tiene una consecuencia inmediata en la educación. No se puede educar la vitalidad mediante el sentimiento, sin provocar éste mediante una representación—lámina, relato o escena—y, del mismo modo, sin una valoración ética. No hay representación o juicio indiferente a nuestra estimativa de hombres, la cual exige, por lo menos, la vivencia implícita—o entitativa, que decían los escolásticos—de una tabla de valores anteriormente dada. La educación de la vitalidad, por ley basada en la naturaleza misma de las cosas, impone una educación ética simultánea. Es cierto que la fuerza del salto de agua existe antes que su aprovechamiento en la turbina, pero también existe en el niño una potencia vital, fuerte o débil, antes de su educación. En cuanto queremos “educar” o potenciar con la técnica la fuerza inédita del salto, lo hacemos ya con ciertos intencionales **finés**. Es cierto que Ulises y el Cíclope despiertan entusiasmo en el niño; pero no sin que surja en él, con tanta fuerza primitiva como el sentimiento, la tendencia no inventada a llamar a uno **bueno** y a otro **malo**. Por fortuna, también aquí hay modo de armonizar la fuerza estética y vital de encantamiento con la calidad moral.

4.^a Tocan muy de cerca a estas reflexiones las que deben levantarse ante la proposición que hace Ortega de fomentar **sin prejuicios** el tono vital primigenio de nuestra personalidad. La necesidad de fomentarlo, ya está insistentemente afirmada; pero **sin prejuicios** es

imposible. Esto de hacer o pensar sin prejuicios es uno de los trucos del liberalismo—y luego, ¡oh paradoja!, del marxismo—que más éxito han tenido entre incautos. Frente a la legión de los “sin prejuicios”, sabemos hoy por vía rigurosamente científica que nadie puede pensar exento de tales prejuicios. Todo juicio expreso, razonado, exige el pre-juicio de una certera inicial dada, evidente, dogmática. Y lo mismo toda volición expresa exige una pre-volición vital no querida (*Vorwollen* llaman a esto los alemanes), y todo saber un *Vorwissen*, una cierta presciencia. Todo ello en el plano psicológico y sin relación inmediata con el innatismo cartesiano, perteneciente al plano metafísico. (Entre paréntesis, muchas de las feroces discusiones promovidas en el campo de la Psicología, proceden de confundir lamentablemente el plano psicológico con el metafísico). Si yo ordeno a un niño o a un adulto, puesto de espaldas a la entrada, que cierre la puerta de la habitación donde estamos, no es necesario para que se vuelva y la cierre que se produzcan en él juicios expresos de credibilidad y credentidad sobre mi orden—juicios que por lo demás concluirían sólo en verdades estadísticas—sino que lo hace con un pre-juicio de certeza sin representación, con una **creencia**. Los alemanes llaman **Bewusstheiten** a estas evidencias primarias sin representación ni juicio previos. Sin la creencia inicial, no reflexiva, de que el mito de Hércules y el toro producirá en el niño una efusión sentimental—más aún, sin la certeza previa de que esa potenciación afectiva es buena—ni Ortega, ni pedagogo, ni hombre alguno, pondrían en práctica ese medio educativo. O, en fin, cuando uno dice “Andrés es bueno”, no hace más que formular judicativamente un saber inexpresso, un saber que es a medias o a enteras sentir, de la bondad de Andrés. Nadie procede sin prejuicios, sin evidencias, so pena de caer en duda perpetua. “Nadie duda de lo que ve; todo lo más de lo que piensa”, decía Juan de Mairena a sus discípulos: de lo que se ve con los ojos de la cara o de lo que se “evidencia” ante los ojos de las más hondas exigencias existenciales, añadido yo ahora. Los nacional-sindicalistas, antes que pensar en España, creemos en España; antes que pensar en Dios, creemos en Dios; antes de educar el entusiasmo, creemos en que existen fines buenos o malos indisolublemente unidos al entusiasmo. Tenemos ímpetu y prejuicios que llamamos creencias. Y luego, para que nadie hable, recios y profundos pensares.

5.^a Otro error, en fin, que yo encuentro en el ensayo de Ortega es una consideración excesivamente biológica del perimundo o medio vital humano, y en este caso concreto, del infantil; con la consecuencia obligada de cierto error pedagógico. Cuando, después de la frialdad

dad nacionalista del Ochocientos, volvió a los saberes el calor de la auténtica vida, prodújose en muchos una especie de "trop de zèle", consistente en aplicar a todo una visión biológica. Una muestra de ello está en aplicar sin reservas al hombre la fructífera, genial concepción biológica de los perimundos. Es cierto que el hombre tiene, como ser vivo que es, su perimundo, medio vital o paisaje, pero también lo es que el perimundo humano posee siempre, sobre—y dentro de—las dimensiones meramente biológicas, otra trascendente. Es cierto que pueden encontrarse diferencias entre los mundos circundantes del niño, de la mujer, del primitivo, del adulto y del viejo, pero también lo es que entre todos ellos hay de común un *genus proximum* que les permite entenderse entre sí, en tanto son antes que nada hombres. De ningún modo son esos mundos circundantes distintos entre sí como lo sean el de la medusa y el del cangrejo. Si digo "el abeto es más alto que el pino", todos entienden lo mismo, salvo que sean dementes, aun cuando—por otra parte—el abeto pueda tener para el primitivo virtudes totémicas, o ser para el niño peculiar coto de leyendas, o constituir para el industrial madera aserrable. El medio vital del niño no es radicalmente distinto del medio vital del hombre adulto. Hay entre ellos unas zonas intersecantes, bocananas de comunicación mutua, por las cuales llega al adulto el sentido del deseo infantil y al niño la influencia educativa, y tan profundamente que la educación es transformación y no simple adiestramiento simiesco. El hombre es el único ser cuyo perimundo puede ser transformado; lo cual es justamente la esencia de la educación. De todo ello emana una consecuencia. La de que, aun admitiendo de que el niño viva en y del deseo, y que la educación requiera ponerse dentro de su medio, esto no excluye que se eduque al niño añadiendo a lo vital—entusiasmador lo real—normativo; esto es, lo clásico, porque también al medio del niño pertenece cierta dosis de lógica y de reconocimiento real. Nuestra educación, en tanto nacionalsindicalista, no será sólo vital, aun cuando lo sea muy acusadamente, sino vital y clásica. Junto a la virtud del entusiasmo y del ímpetu, en los cuales tanto creemos los nacionalsindicalistas, ponemos siempre la virtud de la norma.

Conclusiones

Por muy cierto que sea cuanto llevo escrito, estaría desnudo de valor real si no tuviese consecuencias que se puedan llevar a la cotidianidad escolar. Para ello formularé escuetamente las afirmacio-

nes surgidas de este trabajo de revisión. La primera, plena aceptación de la educación vital del niño, traducida en la creación en él de entusiasmo. Y luego, como complementarias, las que proporcionó la crítica: dar a esta educación de la vida como tal un sentido militante y no deportivo; no entusiasmar simplemente con mitos, sino con creencias; educar lo ético al mismo tiempo que lo vital; necesidad de convicciones iniciales—prejuicios—antes de emprender un medio educativo de lo vital; y, por fin, a tenor con lo exigido por el medio vital completo del niño, adición de la norma al entusiasmo: educación simultánea del conocimiento y de la conducta, de acuerdo con los modos clásicos. Todo lo cual permite formular las siguientes conclusiones prácticas:

1.^a El maestro nacionalsindicalista debe potenciar en el niño sus resortes e ímpetus vitales, orientados ante la vida y el mundo en sentido militante.

2.^a Esta educación se basa fundamentalmente en el relato y en la ostentación ante el niño de imágenes, preferiblemente coloreadas y murales, ejecutadas con el máximo decoro artístico.

3.^a Los relatos e imágenes se basarán de preferencia en nuestras creencias en la Patria, en el Imperio y en Dios. En cuanto a las primeras, nuestra Revolución será motivo fundamental, vertido en el siguiente repertorio pedagógico: narraciones en prosa y romances sencillos, por un lado; láminas murales por otro, referentes a los sucesos heroicos y ejemplares de nuestra Revolución: rebelión anterior al Alzamiento, el Alzamiento, la guerra y cuantos hechos notables se produzcan hasta la edición de las láminas. La creencia en el Imperio y en Dios podrían educarse por medios análogos. (Recuerdo ahora aquellos antiguos cuadros murales, con ingenuas escenificaciones de la Historia Sagrada, que después de todo tanto bien hacían.)

4.^a Conseguida la edición de narraciones en prosa, romances y láminas murales—para la cual el S. E. M. debería abrir sendos concursos nacionales—el maestro podrá utilizarlos como sigue: las narraciones, para las lecturas ordinarias; los romances, para que el niño los aprenda de memoria; y en cuanto a las láminas, yo propondría que con cierto ritmo—semanal o bisemanal, aparte de los días conmemorativos—el maestro, ante la clase formada a la vista de la lámina, hiciese un relato emocionado, entusiasta, a tono con nuestro estilo poético y con el alma infantil, acerca de lo representado por aquélla. Podría incluso llegarse a que niños mayores bien

escogidos sustituyesen en ocasiones al maestro en esta tarea, pero siempre ante su presencia.

5.^a Del mismo modo que se educa la vitalidad fundamental mediante la solución indicada, podría hacerse otro tanto—si bien reducido el medio a la simple lectura de narraciones en prosa ordenadas al entusiasmo vocacional científico, artístico o artesano. Por lo que hace al primero, no conozco nada mejor que la “Flos Sophorum” de Xenius, tan desconocida en las escuelas. En cuanto a lo artístico o artesano, es preciso encontrar lecturas idóneas para la Escuela Nacionalsindicalista.

En torno a la revisión crítica de “Biología y Pedagogía”, queda expuesta una teoría acerca de la educación del entusiasmo y una técnica a ella conducente. Con ésta o con otra, lo ineludible es que tal educación se lleve a término. Y entonces agradeceremos a los maestros nacionalsindicalistas que España sea siempre Una, Grande y Libre.

Pedro Laín Entralgo

¡ARRIBA ESPAÑA!

Educa tu voluntad con el esmero con que debe ser educada una reina, que lo es desde que nace.